



**TRIPLE TRIBUTO A LA TRISTEZA DE BRIGITTE
BARDOT**

DIÁLOGOS Y TEXTURAS URGENTES / 11

Me decido a teclear esta paginita porque ayer -25 de junio de 2009- murió Michael Jackson, blancamente disfrazado de dios.

Y anteayer Luis Silva Schultze, un compañero del alma de toda la vida y colaborador de elMontevideano / Laboratorio de Artes, me escribió desde Catalunya comentándome que, conjuntamente con los merecidísimos homenajes que se le acumulan a Juan Carlos Onetti, la maquinaria del consumismo salvaje ya le empezó a sacar el jugo a los 75 años que cumplirá Brigitte Bardot el 28 de setiembre.

Truman Capote, que soñó desde la infancia con vivir entre los ricos y famosos, terminó entelarañado por la voracidad de su minusválida fantasía jeteadora.

En mi caso nunca existió esa ilusión, porque cuando tenía 2 años José Gurvich caía muerto de hambre a nuestra humilde casa del Paso Molino a compartir la sopa y los cartones y los pomos de pintura Goya con mi viejo y supe para siempre que la grandeza es oro espiritual y la fama pura mierda.

Obsceno quiere decir basura, y la actriz sin talento que fue Brigitte Bardot tuvo la delicada misión de mostrarle por primera vez al mundo que la desnudez de una diosa es *belleza* y no *ordure*.

Y conocerla a mis 26 años significó entender deslumbradamente que el mito femenino más celebrado del planeta ya era una no-muchacha condenada a arruinarse en el socavón de los espejismos rotos, pero que ella no disimularía jamás su horror a la intemperie espiritual de la modernidad.

Jesús de Nazaret le hubiera sonreído con piedad montañosa a esa triste grandeza.

UNO: LA DIOSA DE SAINT-TROPEZ

(escrito en 1974 en un camping de Saint-Tropez y publicado en 1976 en el poemario *París póstumo*)

Je dors et me dore. Ne pas déranger. Merci.

(cartel colgado en *La Madraque*)

Brigitte Bardot / tus ojos / de terciopelo muerto
(qué noche honda y doliente flotaba en Saint-Tropez
donde has sido la diosa / furiosa / de otras víctimas).

Cansado / tenso / amable
yo me acerqué a tu piel
recordando revistas de infancia arrebatadas
cuando excavé en tu olor para infernarme el sexo.

(Borracha / vieja / amable
me rozaste la piel.)

Cantándote / cobrándote
-mi guitarra es obrera-
pude encontrar piedad también para tu pecho

no el bulto prodigioso que venden todavía
las dos frutas de plástico sobadas y abolladas

tu pecho

el que oscurece la rosa melancólica
la poesía vaginal que vaga en tu retina

cuando ves hacia atrás y los recuerdos rompen

(qué inocencia maldita te emparenta a tus súbditos
sodomos y gomorros / ínfimos / retorciéndose).

Contaste que dos vientos
mistral y tramontana
(furor de mar y tierra para los destechados)
machihembraron ayer sus cielos enemigos
enfriando tu hermosura / que hoy amaneció ronca.

(Nadie oyó sin embargo tu verdadera música
tu vivir verdadero / tu angelada actuación
tu coito bajo el coito marino / tormentoso

y el humo de esa carne que se incendió en los muslos
del nuevo adolescente pagado sin vergüenza.

Fue en La Madrague / tu cueva.)

Yo vengo de otros vientos / Brigitte / los que ayer mismo
nos doblaban las piernas y el alma y los pulmones
cuando fuimos payasos del circo tan turístico
que ensuciaba su plato de pobre en Saint-Tropez.

Yo vengo de los vientos enclavados al pueblo
-de donde te arrancaron / muchacha achicharrada-
y en esta noche soy quien soy y te contemplo
casi maravillado
brillar / beber / saltar

bailar entresoltando la magia de tu enagua
refrescarte el vestido con juveniles rojos
al borde musical y azul de la pileta
(o al borde envejecido de esas arrugas tristes
que ningún productor prometió fabricarte
que nunca aceptarás sin aceptar la vida).

Guardo una foto / bella / tocando tu cintura
que en mi pueblo lejano parecerá un trofeo.

Y es todo / humildemente.

Te agradezco la mano final que me tendiste
-no con delicadeza sino con tierna fuerza-
y el olvido que ya / después de un ramo de horas
me enterrará en la oscura multitud sin memoria.

DOS: B.B. EN EL SET APAGADO

(retrato escrito en 1977 y publicado en el cuentario *Cantor de mala muerte*)

*Sus romances fueron un beso con los ojos cerrados
que cuando se abren los ojos
se descubre que fue bajo los reflectores y apagan los reflectores!*

Ernesto Cardenal (Oración por Marilyn Monroe)

En Saint-Tropez: una noche se acerca un “brasileiro” (obviamente portugués) que vivía en la villa del famoso arquitecto Claude Chauvin, para saber si nos interesaba hacer dos

medias horas por cien francos. “Va a estar B.B.” nos dijo: “Si se suben al auto yo los llevo. Hace como tres horas que me pidieron músicos y no pude encontrarlos más que a ustedes”.

Dio la casualidad que el día anterior nos habíamos comprado (contra mi férreo voto, hay que reconocerlo) tres trajecitos piolas por si se presentaba una cosa como esta. Nos hicimos llevar primero al camping a cambiarnos, y al entrar a la villa lo primero que vi fue un furioso Picasso dedicado a Chauvin con grandes letras negras pintadas en el cuadro. Lo segundo que vi fue la melena teñida de rubio de Brigitte Bardot detrás de un ventanal: nos miraba fruncida. Después entramos en la flotación de la noche turquesa que irradiaba su luz desde una gran piscina hacia divanes blancos donde muy poca gente ya había descorchado demasiadas botellas. Nadie nos esperaba, me dio la impresión. Cuando nos colocamos en un borde de la piscina se me enredó el colgante de la guitarra y lo tuvimos que desanudar chocando las cabezas al estilo de los jugadores de rugby como medio minuto -insultándonos, para colmo. Al final empezamos a tocar relojeando a Brigitte, que ya no nos miraba más que con una inmajestuosa indiferencia. Tenía un vestido con delicados rojos y naranjas y rosas, salpicado por flores amarillas. De golpe pegó un salto (como arrancándose de otra región) y se sentó en un borde de la piscina. Ahora nos sonreía. Cuando nos preguntó en español si no podíamos cantarle Los “ojos” de mi carreta le contesté que la sabía cantar yo solo, y ella palmeó el cemento circundante de su cadera roja para que me acercara.

Mientras iba llegando recordé fatalmente búsquedas infantiles en un placard de casa donde había un *O Cruzeiro* con su pecho desnudo. Me senté: vi su pelo invitante como el de una muchacha, y esas agrias arrugas que los cuarenta años trazan sobre los rostros de las infantas viejas. Eso no daba pena. Daba pena la humosa indefensión que sus ojos marrones rezumaban brillando entre la noche triste. Yo traté de cantar rendidamente, y al promediar la milonga se me abrió la mirada para verla viajar por el ácido asombro de tener que morir en un set apagado. De repente hizo un gesto de fastidio contra alguien que volteó una copa y eso la despejó.

Cuando terminé de cantar Brigitte me dijo que adoraba la música y que siempre alojaba a cantores amigos en *La Madraque*. Yo caí entonces en la barbaridad de preguntarle qué era *La Madraque*. “Mi villa en Saint-Tropez” me contestó irritada. Como no supe dónde meterme le pregunté si estaba haciendo cine. “El cine me jode” respondió reteniendo sus dientes superiores un milímetro antes de la grosería. Pero enseguida acarició mi brazo y dijo sonriendo: “Quiero que vengan a enseñarme a tocar la guitarra a mi casa. Me apasiona la música sudamericana. Hoy no puedo cantar porque estoy ronca: la tormenta de ayer me resfrió”.

Cuando sacó su brazo tuve un erizamiento retroactivo, aunque le pregunté como si no pasara nada: “¿Qué opinás de Atahualpa Yupanqui?”. “No sé quién es” me dijo: “¿Es

algún cantor nuevo?”. Yo no le contesté porque en ese momento alguien gritó de adentro que corriésemos a escuchar a la nueva Edith Piaf. (Era una muchachita apenas recordable que había estado todo el tiempo tirada en un diván con cara de dormida.) Entonces sucedió. Brigitte se quedó tensa y nos miró en silencio y gritamos que no, que nosotros seguíamos aquí afuera. Ella sonrió a Laurent Vergez (el veinteañero que la acompañaba) y a Chauvin y a su efebo “brasileiro” -que también fueron fieles- y agarró una guitarra y se puso a tocar tres acordes de guajira, interminablemente. Mis compañeros la apoyaron en guitarra y bongó, mientras yo improvisaba en español algo como un mensaje anagramado que Brigitte comprendió (tengo la foto exacta de cuando está mirándome con la risa espumosa y los ojos desnudos que no ofreció en los filmes donde la desnudaron): sólo quise decirle que en el set apagado la piedad es la luz que jamás envejece.

DOS SEMANAS después se festejó el cumpleaños de Claude Chauvin en el Club 55, uno de los ambientes más chic de Saint-Tropez. Nosotros ya lo conocíamos: habíamos pasado el plato en su playa privada sin levantar un franco. (Fue uno de nuestros primeros mediodías en Saint-Tropez, y cantamos chorreando bajo los largos ponchos frente a treinta muchachas que tomaban el sol totalmente desnudas tiradas en divanes, con los sentidos muertos.) Esa noche también estaban contratados el negro Batalla y su percusionista-jornalista, el dúo de Juan-les-Pins.

El primer pasaje lo tuvimos que hacer a lo largo de las mesas, pero sólo B.B. nos miró como a gente. Al rato pasó el angolés y ella se levantó y empezó a coquetear con aquel cocodrilo hasta que nos encabritamos de los celos. (Me acuerdo que al percusionista se le caía una baba casi rosa de los ojos recién desplacentados.) Pero al hacer nuestro segundo pasaje bajo las glorietas ella llegó descalza y volvió a salmodiar aquellos tres acordes de la eterna guajira. Claude Chauvin tocaba las maracas y otras vedettes bailaban o llegaban por turno a premiarnos con máscaras de alegría delirante. Yo miraba a Brigitte y tal vez ya pensaba que no había nada falso bajo su festejar: era como mirar a una perseguidora (para hablarlo en Cortázar y Machado a la vez) de la fruta espejada en la fuente sin fondo. Después bailamos más de media hora -ella y nosotros tres- sin parar un minuto, completamente hundidos en la felicidad de las rondas remotas del colegio.

De repente alguien pidió una foto y posamos abrazados. B.B. estaba descalza y yo con grandes tacos: hasta esa suerte tuve. (Cuando mandé la foto para Montevideo mi familia creyó -por fin- en las mentiras que les escribí siempre sobre mi *dolce vita*.) Al rato cayó el angolés a despedirse, entornando los ojos. Le pidió un beso y ella estiró su mano y el angolés porfió por el maldito beso, con su risa de calavera negra. Brigitte se fastidió y él se puso el chambergo y roncó: “Bicha loca”. “Bicho tú” roncó ella. Y corrió hacia las mesas. Volvió un rato más tarde, del brazo de Laurent Vergez. Nos apretó la mano con oscura ternura -desentendidamente- y no se despidió.

AL OTRO día me desperté cinco minutos antes de que cerraran el restaurant del camping. Corrí medio dormido y encontré al bretón bruto que dos por tres me aplastaba la puerta contra la misma barba, cancerbeando la entrada. Lo miré resignado pero él me sonrió. “Adelante” me dijo: “Para usted siempre hay sitio”. Y antes de colocar el *steak* en la mesa puso un diario doblado donde estaba mi cara escrachada detrás de Brigitte y Chauvin. *Bajo las estrellas de Pampelonne, hacia las 22 horas, prácticamente todas las celebridades con las que cuenta Saint-Tropez se reunieron para cenar a la luz de las velas. Gracias a la magia de los músicos brasileiros la pista se llenó de parejas tan célebres como Roger Vadim y Catherine Schneider, Vincent Roux y Mme. Troques, B.B. y Laurent Vergez, Régine y Roger Choukron. Eva y G. Cibault, reseñaba el Nice-Matin en su sección sociales. Era para reírse. O tirarle los platos por la cabeza al maldito bretón.*

LA OTRA foto valió bastante más que un churrasco con tomates: ese mes de setiembre llegamos a hacernos pagar 1.500 francos por una *soirée*, sólo con agitar el documento mágico. (Al volver a París uno de mis compañeros se fue de paseo a Amsterdam, donde le robaron de un saque hasta el último franco. Lo que se le ocurrió como último recurso fue presentarse -drogado y todo, como estaba- en la Jefatura de Policía para pedir que le facilitaran el regreso a París. Contaba que lo miraron peor que a un perro. Entonces les mostró la foto con Brigitte, y los tipos primero lo abrazaron por turno y acabaron pagándole sobradamente el pasaje de vuelta.)

Por fin apuntaré que una noche otoñal llegó Sacha Distel al piano-bar donde cantábamos y se sentó a comer un plato de tallarines y a escucharnos con ínclita benevolencia: hasta nos elogió cuando se iba. Pero en ese momento vio la foto pegada en la cartelera del bar, y una celosa carga de melancolía le oscureció los ojos. “Ah, pero si se tratan con vedettes” rezongó con dulzura. Y se fue sin poner nada en la pandereta.

TRES: “LA SARDINA” CUMPLE 55 AÑOS / CARTA ABIERTA A BRIGITTE BARDOT

(publicado en 1989 en La Hora Popular)

Brigitte Bardot: usted no me recuerda. Podría mostrarle una foto de 15 años atrás, con mi mano posada en su cintura y la suya en mi hombro, y me recordará menos todavía. Porque su corazón ya estaba, en aquel tiempo, triste de fiestas y espantado de rostros, como el del buen Rubén. Muy pocos días después de aquella noche usted cumplió 40 años, y la prensa transnacional hizo emerger sus aletas color muerte entre el rielar de lo que fue su reino: Saint-Tropez.

Según las teletipos, usted renunció al cetro de esas playas tan célebres (gracias al resplendor que B.B. le agregó al sol durante la edad de oro de su soledad) porque las autoridades le han negado a los perros el derecho a practicar el nudismo playero junto con los hombres.

Pero los novelistas no nos fiamos jamás de los gestos espesos: esconden la verdad. Y la verdad es que el próximo 28 de setiembre usted cumple 55 años, y las dentelladas de las grandes agencias noticiosas le despedazarán más minuciosamente que nunca la intensa historia de su carne ajada. Y usted está cansada de que la descuarticen sobre la alfombra púrpura de Saint-Tropez. Eso es todo.

O casi todo, claro. En 1974 *Paris-Match* publicó un extenso artículo titulado El otoño de B.B., donde sus 40 años eran considerados un “acontecimiento nacional”. La crónica de su infancia y adolescencia y gloriosa adultez (ya en vías de descuajarse de la rama dorada) estaba escrita con respetuosa superficialidad. El correlato fotográfico era triste y profuso: hasta se dieron el lujo de hacerla posar desnuda una vez más, para que el mundo viera humear el corazón partido de sus ojos antes que se incendiara la última belleza.

Pero hubo una secuencia que me apuñaló. La todavía niña B.B. aparece retratada durante el descanso de una clase de ballet, aburrida y ausente del arte acartonado que la trameó tan joven. Sus compañeros de colegio la llamaban “la sardina”, por esa delgadez desmañada y felina que un pollerín rosado no alcanza a suavizar. Degas y Onetti suspirarían frente a la maravilla de ese esqueleto, sin embargo: allí ya está candente la muchacha indomable y vulnerable capaz de revolucionar la soledad del mundo en un solo pantallazo.

Sucede que la noche en que nos fotografiamos abrazados también bailamos juntos, Brigitte, durante un largo remanso de irresponsabilidad. A vos te importó un corno que yo fuera un guitarrista pasaplato, y te hubiera importado mucho menos saber que estabas dando saltos frente a un tipo condenado a escribir la verdad sobre tu vida. Porque puedo atestiguar que la ría virginal de sombra y gozo que te rodea los huesos como un anillo de Saturno, jamás se borrará. No pudieron borrarla los “tratantes de actrices” (generalmente blancas) ni los traficantes de topless, cola-less y otras yerbas.

Pero tú no buscabas los ojos arañosos, / ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños, / ni la saliva helada, / ni las curvas heridas como panza de sapo, le cantó Federico a Walt Whitman: *Tú buscabas un desnudo que fuera como un río, / toro y sueño que junte la rueda con el alga, / padre de tu agonía, camelia de tu muerte, / y gimiera en las llagas de tu ecuador oculto.* Se lo cantó a Walt Whitman y te lo cantó a vos. Y a tantas como vos, muchacha manoseada.

De modo que, huyas donde huyas, te rogaría que recordaras al gran viejo de Hemingway cuando los tiburones te hagan sangrar el manso y colgante tesoro. Que tus ojos reflejen su rebrillo salvaje en el Ponto y escupas esta frase, fresca y dulzonamente:

-Muérdanme en el espejo, mercenarios. Y sueñen que se comieron a la sardina.